



CAPITULO I

EL MILITARISMO EN MEXICO

Considerando que es el militarismo la causa directa de la situación en que nos encontramos, será muy conveniente principiar por estudiarlo con detenimiento, á fin de que una vez conocidos sus efectos, tan desastrosos para la tranquilidad ó para la libertad de la República, podamos, con mayor conocimiento de causa, aplicarles el remedio necesario, á fin de lograr el restablecimiento de la paz dentro de la ley; de la paz, algo turbulenta si se quiere, pero llena de vida, de los pueblos libres, y no la paz sepulcral de los pueblos oprimidos, en los cuales ningún acontecimiento tiene el privilegio de turbar su impasible tranquilidad.

Para que nuestro estudio sea completo, necesitamos remontarnos á la guerra de independecia, tocando de paso brevemente las causas que la originaron.

Dominación española Tres siglos de opresión, durante los cuales estuvieron proscritos del suelo mexicano todos los derechos que podían servir de baluarte al hombre contra la tiranía, dieron por resultado que se con-

siderara como estigma nacer en este suelo y como un crimen ser mexicano, crimen castigado por los conquistadores con crueldad, no desprovista de avaricia, puesto que la pena principal que imponían á los naturales, era reducirlos á la esclavitud y hacerlos trabajar sin descanso en el cultivo de sus tierras y la explotación de sus minas, para llenar sus arcas de oro.

El régimen virreinal establecido por España, era verdaderamente odioso, puesto que todos los indígenas, y aun los mestizos y los criollos estaban completamente á merced del Virrey que venía de España y que ejercía un poder absoluto, en alto grado despótico.

Es cierto que algunos virreyes de nobles sentimientos obraron con rara magnanimidad en todos sus actos, y cuyos nombres aún se citan con veneración; pero su conducta, noble y generosa, sólo servía para poner más de relieve la avaricia, el despotismo y la crueldad de los más.

México, lo mismo que todas las colonias hispanoamericanas, era explotado sistemáticamente, y para que la Metrópoli obtuviera más pingües ganancias, tenía prohibido todo comercio con el extranjero, la explotación de algunas industrias y de ciertos ramos de la agricultura, con el objeto de no perder estos mercados.

A estas prohibiciones que tenían por objeto sacar el mayor producto posible de las colonias, se agregaban otras menos sensibles á las masas; pero de un alcance más profundo para asegurar su dominación: estaba prohibida la introducción y la publicación de todos los libros que pudieran ilustrar al pueblo y elevar su nivel intelectual y moral. La instrucción pública estaba reducida á uno que otro Seminario á donde aprendían lo indispensable para abrazar la carrera eclesiástica, pero en ningún caso lo que necesitaban para conocer sus derechos, para poder apreciar su situación histórica y geográfica; porque estas ideas les podrían hacer concebir esperanzas de libertad y redención.

Tal sistema había reducido á los indios á la más triste

condición. Considerábanlos como esclavos y los trataban como á bestias de carga, pues no tenían más patrimonio que las migajas de pan que les arrojaba el amo, no por humanidad, sino por el interés de no perder al sirviente.

Los mestizos y los criollos, descendientes de español, eran tratados un poco mejor; pero tenían vedado el acceso á todos los puestos públicos de importancia; en el ejército, sólo llegaban al grado de capitán; en el sacerdocio, nunca pasaban de humildes párrocos; pero ese puesto, considerado como sagrado en la época colonial y que muchos santificaron con sus virtudes, no los ponía á cubierto de las vejaciones de sus superiores; los obispos venidos de España, inquisidores feroces con instintos depravados y que con su insaciable sed de riquezas y sangre humana, no respetaban ni los fueros eclesiásticos, cuando estaban santificados por la virtud ya que ella siendo forzosamente un estorbo para dar satisfacción á sus diabólicos instintos, tenía que erguirse serena y enérgica para protestar contra sus inicuos atentados; debía cobijar con su manto protector muchos desamparados, sabría arrancar de sus garras muchas víctimas.

El desenvolvimiento natural de los acontecimientos, aumentaba constantemente el número de los oprimidos cuyas filas eran engrosadas principalmente por los descendientes de español, más ilustrados que los indígenas, y para quienes era cada vez más humillante y pesado el yugo de la Metrópoli, mientras que el número de los opresores permanecía sensiblemente igual, aumentando esto la desproporción entre opresores y oprimidos.

El resultado de esta angustiosa situación era que los nativos del país vivían en una ignorancia extrema y su nivel intelectual estaba tan poco elevado, que no podían comprender ni las más sencillas ceremonias del culto católico á pesar de ser lo único que se les enseñaba y mezclaban esas prácticas con las que heredaron de sus mayores, resultando un conjunto extraño, más parecido á la idolatría que á ningún otro culto.

Tal era su estado en cuanto á religión. En lo demás, tres siglos de esclavitud, durante los cuales se habían sucedido muchas generaciones pasando bajo el mismo yugo, hicieron perder á nuestra clase indígena toda noción de sus derechos, de la dignidad de que estaban investidos como hombres, y con tristísima resignación arrastraron la pesada cadena que los privaba de su libertad.

Los mestizos y los criollos, más en contacto con los peninsulares que venían de Europa, con más ilustración y facilidad para adquirir alguno que otro libro que les abriera amplios horizontes, estaban cada día más impacientes al ver la irritante desigualdad con que eran tratados, y la tempestad empezaba á prepararse sordamente en sus pechos.

Las humildes párrocos, en su mayoría mexicanos, veían los altos puestos de la iglesia ocupados por obispos é inquisidores corrompidos, crueles y ávidos de riquezas, cuyo mérito para ocupar tan alta jerarquía consistía en venir de la Metrópoli; compadecían á sus queridos feligreses, explotados sistemáticamente con el diezmo, las primicias y toda clase de gabelas del gobierno virreinal y se sentían poseídos de noble indignación al ver las atrocidades cometidas con su desventurado rebaño por el cruel conquistador, al ver falseada en sus principios más puros y bellos, la doctrina del Crucificado, que estaban ellos encargados de difundir entre esos desheredados de la fortuna, entre esos desdichados que tenían hambre y sed de justicia, entre esos seres humanos á quienes el Creador concedió derechos iguales á los más encumbrados personajes y que sus dominadores habían declarado bestias de carga y los trataban como á tales.

Párrocos tan virtuosos, que cumplían verdaderamente con su santa misión, eran objeto de desconfianzas para los inquisidores y el alto clero que los vigilaban constantemente y procuraban por medio del confesionario ó el martirio, encontrar pruebas contra ellos, siendo las más terribles, las que podían demostrar que amaban verdaderamente á sus feligreses, y procuraban instruirlos, elevarlos, infundirles

ideas salvadoras capaces de sacarlos de la abyecta situación en que se encontraban.

Al venerable cura Hidalgo, padre de nuestra independencia, le seguían secretamente en la Inquisición un proceso desde el año 1800. Si más tarde en lanzarse á la lucha, quizás se lo impidan los esbirros del Santo Oficio, que ya afilaban sus garras para abalanzarse sobre él como fieras sedientas de sangre humana.

Todas las tierras, minas y propiedades urbanas, pertenecían al alto clero y á los dominadores, que gozaban de la mayor impunidad para cometer toda clase de atentados contra las clases oprimidas.

El continente hispanoamericano se encontraba todo él en semejante situación, cuando la gran ola de libertad que invadió al mundo á fines del siglo XVIII, llegó á nuestras playas, siendo saludada con alborozo por un pueblo que por primera vez, después de larguísima y dolorosa esclavitud, oía la mágica palabra de LIBERTAD.

Esa ola bienhechora, que tuvo su origen en Francia, no pudo arribar á los pueblos mal preparados para recibirla, y fué llevada por los batallones de la República y el Imperio á toda Europa, inclusive á España, cuyos nobles hijos se encontraban en una situación casi tan triste como los americanos, pues pesaba sobre ellos la doble tiranía de un clero fanático y ávido de riquezas y de una monarquía absoluta, corrompida y degenerada.

La América Española, sumida en la más negra obscuridad, veía como meteoros luminosos las raras noticias que recibía de los triunfos obtenidos por pueblos que conquistaban su independencia, como el de los E. U. de América, y á sus oídos llegaba, aunque vago, el eco de las entusiastas aclamaciones con que en Europa era saludado el advenimiento de la libertad.

Los derechos del hombre, proclamados solemnemente por el pueblo francés ante la Europa monárquica, hicieron á los reyes temblar de pavor, porque sintieron que sus coronas va-

cilaban, y á la vez, en el corazón de los oprimidos despertaron la conciencia de su dignidad, de su derecho, y les dieron fuerza para emprender una lucha que antes consideraban imposible.

Los mexicanos ilustrados, especialmente los criollos, vieron abrirse nuevos y vastísimos horizontes para sus nobles deseos y legítimas aspiraciones.

El clero bajo, compuesto de mexicanos, adivinó que los principios sublimes proclamados por la revolución francesa estaban de acuerdo con el espíritu de la doctrina cristiana, y todos comprendieron que, si los conquistadores y los que por tres siglos habían dominado este Continente, no se apoyaban en otro derecho que el de la fuerza para ejercer sus vejaciones, era imprescindible recurrir al mismo poderoso argumento para sacudir tan pesado yugo.

Por este motivo vemos al bajo clero mexicano tomar una parte tan activa en nuestra guerra de independencia, en cuya empresa fué ayudado eficazmente por el amor y la confianza de las masas que ciegamente lo seguían, porque comprendieron que si esos hombres virtuosos habían cambiado la sotana por la espada, era para mejor defender sus derechos, castigar á sus amos insolentes y libertarlos de tan oprobiosa servidumbre.

Guerra de Independencia.

Una vez iniciada la guerra por el venerable cura de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, y por sus valerosos compañeros Allende, Aldama y Abasolo, la idea cundió con maravillosa rapidez por todo el territorio de la Nueva España, á la vez que en otros pueblos hermanos era proclamado el mismo principio salvador por invictos americanos, que con denuedo admirable lucharon, como nosotros, hasta conquistar la independencia de su patria.

En toda la América Española, la guerra revistió un carácter especial, debido á la naturaleza del territorio en donde tuvo lugar.

La inmensa superficie que servía de teatro á la guerra,

ponía á los insurgentes al abrigo de derrotas de consecuencias funestas, porque les era fácil desbandarse cuando la suerte en los combates les era adversa, y como las guerrillas recorrían terreno amigo, en todas partes encontraban ayuda é informes que hacían imposible toda persecución eficaz.

Ese inmenso territorio se encontraba dividido por altas cordilleras de montañas, en parte inaccesibles, ostentando majestuosamente sus picos coronados de nieve, sus flancos cubiertos de espesos bosques, que brindaban fácil y seguro refugio á los hijos del país, quienes conocían todas las veredas para llegar á ellos, y las cuales constituían caminos estrechos, pero rectos, que ora bordeando el precipicio, ora pasando la cañada por el único punto transitable, ora vadeando el río por el lugar menos peligroso, pronto los ponía á cubierto de la persecución de sus enemigos y les permitía concentrarse y rehacerse en puntos sólo de ellos conocidos, sólo para ellos accesibles.

Por otro lado, ríos caudalosos, selvas impenetrables y desiertos que inspiraban pavor y servían de sepultura al imprudente que se atrevía á penetrar en ellos sin conocerlos, eran otros tantos refugios para los que tenazmente luchaban por la vida de su patria. Parece que ésta, como madre cariñosa, convertía para sus hijos en seguro abrigo los lugares en donde sus enemigos sólo encontraban desolación y muerte. Su manto, que bienhechor abrigaba á los patriotas, servía tan sólo de sudario á sus opresores.

Batalla del Puente de Calderón.

El primer ejército levantado por los independientes, compuesto de chusmas sin disciplina y mal armadas, difícilmente podía encontrar abrigo seguro en las montañas, selvas ó desiertos, y como al principio tuvo algunas victorias sobre las fuerzas realistas, que arrolló á su paso, audazmente retó al enemigo, que con fuerzas considerables venía á atacarlo, siendo completamente derrotado en la tristemente célebre batalla del puente de Calderón.

A partir de esa derrota fué cuando se organizaron multitud

de guerrillas, que con incansable constancia lucharon por la independencia de su patria, obteniendo frecuentes victorias que avivaban más su fe en el triunfo final de la causa y aumentaban sus elementos de guerra. También sufrían derrotas; pero estas nunca los aniquilaban, pues en el bosque cercano ó en determinada montaña se volvían á reunir los dispersos, se reorganizaban y á los pocos días se les veía atacando de nuevo algún punto ocupado por los realistas, ó recorriendo los pueblos donde no había enemigos, para engrosar sus filas con nuevos patriotas y hacerse de los elementos indispensables para seguir la guerra.

La unidad de mando era imposible en aquellas circunstancias, y cada quien obraba según su inspiración, no siguiendo otra consigna que la de vencer ó morir; no obedeciendo á otro plan que atacar al enemigo donde quiera que se encontrara.

Morelos.

A pesar de esas condiciones en que tan difícil era que alguien ejerciese el mando supremo, brotó en las filas insurgentes una estrella de gran magnitud que, deslumbrando con sus épicas glorias á todos los partidarios de la independencia, los subyugó con su genio, los dominó con su grandeza de alma, y por algún tiempo el partido independiente tuvo como jefe á un gran general, á un patriota magnánimo, á un ciudadano que sabía respetar la ley: al gran Morelos, figura que se destaca gloriosa entre sus contemporáneos y sobresale á pesar de haber vivido en una época en la cual tuvo la patria tantos héroes á su servicio.

Morelos, ansiando dar á la guerra el sello de grandeza que le caracterizaba y después de tener bajo su dominio gran parte del territorio nacional, convocó á los mexicanos para mandar representantes á un Congreso que se reunió en Chilpancingo.

Pero el éxito de la guerra estaba aún indeciso; los realistas, contando siempre con elementos inagotables, preparaban y equipaban ejércitos poderosos.

No era aún tiempo de poner las riendas del gobierno en manos de un Congreso; se necesitaba un jefe militar. No era oportuno tener un gobierno compuesto de tantos miembros, pues para asegurar su existencia, su estabilidad, se necesitaba, no de la escolta que requiere para su protección un general en Jefe en sus constantes evoluciones por el teatro de la guerra, sino de un ejército formidable que pudiese hacer frente á todas las fuerzas enemigas, que ya tendrían marcado el punto á donde reconcentrar el ataque y dirigir todos sus esfuerzos.

Esta falta cometida por nuestro héroe immaculado, con la mayor buena fe, tuvo resultados transcendentales para la patria, pues retardó por muchos años el triunfo de los insurgentes y nos costó la pérdida irreparable de Morelos, inmolado en la defensa del Congreso que él mismo creó. Decimos irreparable, porque ninguno de los insurgentes que logró ver á nuestra patria libre, tenía una alma tan grande como él; quizás, si hubiera sobrevivido á la prolongada guerra de independencia, nuestra suerte habría sido otra, porque con su gloria, su prestigio, su inmenso ascendiente sobre sus compañeros de armas, hubiera dominado todas las ambiciones; con su patriotismo y altos sentimientos cívicos, de que dió prueba en el Congreso de Chilpancingo, hubiera encarrilado á la República, desde su nacimiento, por un camino en donde habría encontrado menos tropiezos, escollos y vicisitudes.

Pero dejemos de ocuparnos de lo que pudo ser.

El hecho es que Morelos sucumbió debido á una falta cometida por él de buena fe. Su muerte fué una pérdida de incalculable importancia para la patria.

Esa falta la vemos ahora clarísima, porque sabemos cuales fueron sus funestas consecuencias; si hubiéramos vivido en su época, indudablemente habríamos participado de sus hermosos ideales, de la noble ambición que lo guiaba: la de ver á su patria gobernada por representantes del pueblo.

Si insisto sobre este punto, es para demostrar como los hom-

bres más grandes y más bien intencionados pueden cometer faltas que á veces llegan á ser de funestas consecuencias

Por ese motivo no debemos nunca dejarnos deslumbrar por el brillo del que se encuentra en el poder, y para ilustrar nuestro criterio, debemos recorrer las páginas de nuestra historia ó la de otros pueblos, en las cuales encontraremos saludables enseñanzas.

En muchos casos, aun de buena fe, es difícil saber que conducta debe seguir un pueblo, cual es la política que más le conviene para salvarse de los enemigos visibles que la atacan con bandera desplegada, ó de los invisibles que se ocultan en la sombra y que sólo esperan la oportunidad propicia para atacarlo; me refiero á los enemigos exteriores y sobre todo á los interiores, que más seguramente minan nuestro organismo social, aniquilando sus fuerzas. En esos casos, allí está la historia. Consultémosla. Ella nos enseñará el derrotero que han seguido otros pueblos para salvarse; nos mostrará gloriosos ejemplos en que inspirar nuestra conducta; reglas sabias para no dejar torcer nuestro criterio con los sofismas de los que pretenden engañarnos, y encontraremos tambien en ella ejemplos reconfortantes que harán renacer en nuestra alma el entusiasmo por lo bueno; la fé en la fuerza de las grandes virtudes cívicas; la seguridad en vencer si como buenos, sabemos luchar.

En este caso especial, la historia nos enseña que es indispensable la unidad en el mando, como lo tenían establecido los romanos en su legislación, y según la cual, cuando la patria estaba en peligro, se nombraba un Dictador con poderes omnímodos.

Terminada esta corta, pero útil digresión, prosigamos nuestro estudio.

Guerra de guerrillas.— Su influencia en el carácter de nuestros libertadores.

Una vez muerto Morelos y desbandado el principal núcleo del ejército independiente, la guerra se sostuvo por varios jefes que al frente de sus guerrillas operaban independientemente,

siendo el terror de los realistas por su arrojo, su audacia, la rapidez de sus movimientos, lo cual les permitía, con un puñado de patriotas, traer en constante agitación y alarma á tropas muy superiores en número, á las cuales sólo atacaban cuando estaban fraccionadas, resultando de esto frecuentes victorias para los insurgentes, á cuyo arbitrio estaba determinar el lugar y día de la batalla, y casi casi el número de sus enemigos.

Estos héroes, á quienes debemos la independencía, viviendo constantemente sobre las armas, teniendo encuentros frequentísimos con el enemigo, á quien derrotaban las más veces, pero que también les infligía descabros de importancia, llegaron á organizar sus fuerzas perfectamente, puesto que de su organización dependía el triunfo de su causa, para ellos más cara que su propia existencia.

Esa vida austera del campamento, esas largas y penosas marchas, esos triunfos comprados tan caramente, después de haber sido derrotados y andado prófugos por la sierra, casi solos, perseguidos de cerca por el enemigo, deben haberles inspirado pensamientos muy bellos; ilusiones muy hermosas que se realizarían cuando la patria fuera libre. Quizá se soñaban ellos con el mando supremo de la República, guiando sus destinos hacia los ideales que soñaban, con la misma facilidad con que dirigían á sus aguerridas huestes. También debemos considerar, que sólo almas de una elevación verdaderamente rara en el mundo, pueden apreciar en su justo valor sus propios méritos. Sin embargo, la mayoría de los que no tenían esa grandeza de alma, tenían la fuerza de voluntad que proviene de una modestia incompleta, pero ya muy noble, para no hacer alarde de los servicios que prestaron á la patria y para no proclamarlos superiores á los de sus compañeros; pero en su fuero íntimo sí lo han de haber creído así, siendo raras las excepciones. Esos héroes, se imaginaban que, al conquistar la independencía, se habría asegurado para siempre la tranquilidad, la paz y el progreso de la patria, y grande fué su sorpresa

cuando vieron que esto último no se realizaba, y sin vacilar lo atribuyeron á la ineptitud de sus compañeros, á quienes la suerte había puesto al frente de los destinos de la Nación y los cuales no la guiaban por el camino que ellos habían soñado: con la mano certera y con la facilidad con que estaban acostumbrados á dirigir sus legiones. No tomaron en consideración las inmensas dificultades con que tropezaban los que tenían que reorganizar un país devastado por once años de guerra; supusieron que para ellos sería más fácil la empresa; que ellos sí podrían labrar la felicidad de la República, é ignorando la eficacia de las prácticas democráticas, y convencidos del temple de la espada que había servido para conquistar la libertad, volvieron á desenvainarla para que les ayudara á asegurar la felicidad de la patria.

Para estos incansables guerreros, la vida del campamento había llegado á tener grandes atractivos; las luchas los seducían; los descabros les servían de aliciente; tenían la nostalgia de la guerra y no se daban cuenta de los males que ésta causaba, puesto que los mejores años de su vida los habían pasado viendo al país envuelto en ella; y habían palpado los grandes beneficios acarreados por la larguísima guerra que sirvió para conquistar nuestra independencía.

Indudablemente que á esos móviles tan elevados debemos nuestras primeras revoluciones, pues no se les puede atribuir otros á hombres tan puros y tan grandes como Guerrero y Bravo.

Principales causas de las revoluciones.--El militarismo después de la guerra de independencía.

Al lado de estos héroes cuyo recuerdo la patria venera, y que desenvainaron la espada de buena fe creyendo que de ese modo cooperarían al progreso de su patria, se alzó una nube de ambiciosos, que habiendo prestado servicios menores, reclamaban mayor recompensa; ya porque lograron hacer resaltar sus servicios, como Iturbide y Bustamante, ó porque con un cinismo desconcertante desfiguraron los hechos, haciendo

do aparecer brillantes victorias donde sólo habían encontrado derrotas vergonzosas.

Esos ambiciosos de mala ley se pasaron á las filas de los insurgentes cuando comprendieron que éstos tendrían que triunfar; pero después de haberlos combatido tenaz y ferozmente, haciéndoles una guerra sin cuartel, persiguiéndolos como fieras, no permitiéndoles en muchos casos, antes de fusilarlos, ni los consuelos que hubieran podido encontrar en las prácticas de su religión. No solamente fueron estos malos mexicanos los verdugos más encarnizados de los libertadores durante la guerra de independencia, sino que, una vez conseguida ésta, á la que contribuyeron débilmente con su tardía defección del campo realista, se hicieron pagar muy caro sus servicios; y cuando llegaron á obtener el mando supremo, después de ensangrentar el país con nuevas revueltas, fueron el azote de la patria, dieron rienda suelta á sus instintos perversos y ejercieron venganzas ruines contra los héroes más queridos y más venerados, como Guerrero, que fué fusilado cobardemente y de un modo tan alevoso, que hasta en el extranjero causó indignación.

Desde luego se notó que los verdaderos héroes como Bravo, Guerrero, Victoria y Alvarez, tan pronto como comprendieron el mal que hacían al país con las revoluciones, encaminadas sólo á cambiar de Presidente de la República, no volvieron á cometer faltas tan funestas, y sólo se les volvió á ver que empuñaban las armas cuando las instituciones democráticas corrían grave peligro de ser para siempre olvidadas, y cuando se hacían insufribles las dictaduras militares de los insurgentes de última hora, de los ambiciosos de mala ley, que de un modo tan espléndido hacían pagar á la patria sus insignificantes servicios. En cambio, estos últimos, llevados de su afán de dominar, nunca dejaron en descanso á la República con sus continuas asonadas, sus levantamientos, sus revoluciones; siempre ofrecían al pueblo: orden, garantías, respeto á la religión; pero tan pronto como

llegaban al poder, olvidaban sus promesas y se convertían en desalmados tiranos.

Trabajos democráticos del elemento civil.

Paralelamente á los abusos de esos militares ambiciosos, que debían sus ascensos á la asonada y á la traición y que sólo buscaban en el poder la satisfacción de sus bajas pasiones, notábanse desde un principio los esfuerzos del elemento civil, del elemento sano, que aprovechaba todas las oportunidades que encontraba para hacer sentir su saludable influencia, mandando, siempre que se convocaba á elecciones de diputados, representantes que supieron cumplir fiel y patrióticamente con su cometido.

Al estudiar atentamente la época que sucedió á la declaración de nuestra independencia, causa satisfacción ver que siempre que de buena fe se convocó á la Nación para que mandara sus representantes al Congreso, éstos dieron pruebas de gran patriotismo; y si bien al principio cometieron algunas faltas, hijas necesarias de la inexperiencia, muy pronto enmendaron sus errores, y aquéllas no fueron de tan funestas consecuencias para la República, como las continuas asonadas y revoluciones del insubordinado elemento militarista, que ha sido la verdadera rémora para que el país marche rápidamente á sus grandes destinos impulsado por las prácticas democráticas.

Reflexiones sobre militarismo y democracia

De cualquier modo que sea, ese hecho nos demuestra que no es tan difícil que se implanten en un país nuevo las prácticas democráticas y para que en México y en las demás naciones hispanoamericanas se haya luchado tanto para lograrlo, no ha sido por la ignorancia del pueblo, sino porque después de las grandes guerras, siempre les queda á los países victoriosos la pesada carga de sus salvadores que muy caro se hacen pagar sus servicios. Además, la situación que se crea con esos desórdenes, es hábilmente explotada por los intrigantes y los ambiciosos.

Para probar lo anterior, citaremos el ejemplo del Brasil, que hizo una revolución pacífica para cambiar de régimen de gobierno, y como sus nuevos caudillos no tenían que reclamar grandes servicios, pronto hubo la Nación saldado cuentas con ellos y recobrado su tranquilidad y la paz dentro de la libertad.

En cambio, la antigua Roma, modelo de democracias, en donde el pueblo había conquistado palmo á palmo sus derechos y practicádolos varios siglos, se vió arrancar esos preciosos derechos por sus generales victoriosos, quienes después de conquistar el mundo, vinieron á Roma á exigirle que con sus libertades pagara sus servicios.

Ejemplos de esa naturaleza encontramos con frecuencia en la historia, y por no ser más extensos, sólo citaremos el caso de la Francia Republicana, que victoriosa rechazó y venció á casi todas las naciones de Europa, porque sólo le hacían la guerra las testas coronadas, mientras los pueblos recibían como á sus salvadores á las huestes republicanas cuando éstas á su vez invadieron los países vecinos, obteniendo triunfos que cada vez más aseguraban la grandeza de la Francia y consolidaban las preciosas conquistas que había hecho para el género humano.

Pues bien, esa Francia que había hecho mil pedazos el cetro de sus antiguos reyes; que había roto con todas las tradiciones del pasado, y que altiva y victoriosa ostentaba en una mano el gorro frigio de la libertad para todos los pueblos, y en la otra un azote para todos los tiranos de la tierra; esa Francia tan grande y tan noble y que había sido invencible en la guerra, la vemos inclinar sumisa la cabeza ante el afortunado militar que en Italia conquistó gloria inmarcesible para las armas francesas, y con la corona, es decir, con el sacrificio de su libertad, le pagó sus brillantes victorias.

¡Igual había hecho Roma con César!

¿Y cuál fué para Francia el fruto de aquella debilidad?

Bien amargo por cierto; después de una corta aunque bri-

llantísima epopeya durante la cual las águilas imperiales pasaron victoriosas por toda Europa, y que le costó la pérdida de millares de hijos, vió derrumbarse como un castillo de naipes el imperio que parecía coloso y vió también su territorio mutilado después del último desastre de Waterloo.

Así pasa con todos los edificios que no tienen base sólida, que no se asientan sobre instituciones liberales, que no descansan en el pueblo mismo, sino que dependen de la vida, de la fortuna ó del capricho de un solo hombre.

Los vastísimos imperios de Alejandro el Grande y de Carlo Magno, sólo subsistieron mientras vivieron sus fundadores; en cambio, las repúblicas y los países en donde funcionan con regularidad las instituciones democráticas, aunque con menos brillo en sus acciones guerreras, tienen una grandeza más efectiva y sobre todo más duradera; y si no, allí tenemos ejemplos para el más exigente: En la antigüedad, Roma, cuya grandeza y cuya fortuna fué constante mientras fué república; en los tiempos modernos, los ejemplos más sobresalientes son Inglaterra y Estados Unidos; Inglaterra, en donde por primera vez anidó la libertad después de haber sido proscrita de Roma, y cuyas sólidas instituciones reposan sobre la voluntad popular, ha ensanchado constantemente sus dominios, y nunca ha estado sujeta á las veleidades de la fortuna que acompañan á las naciones cuando depositan todo el poder en un solo hombre y abdican de su libertad.

La grandeza creciente de los Estados Unidos nos es demasiado conocida y debemos imitarlos en sus prácticas, sobre todo, en ese apego á la ley de que dan ejemplo sus mandatarios.

Por último, la Europa contemporánea nos presenta un cuadro vivo de la fuerza de la democracia.

Francia, después de sus últimas convulsiones, á resulta de las cuales sepultó para siempre la idea monárquica bajo todas sus formas, ha entrado en calma, logrado progresos

portentosos en todos los ramos, y después de obtener brillantes triunfos diplomáticos debido á su prudencia, á su calma, al patriotismo y serenidad de sus directores, ocupa un lugar preponderante en Europa, á pesar de la catástrofe del 70, que tanto la debilitó; mientras que Alemania, á pesar de ser el temperamento sajón más calmoso y sereno, se ve constantemente agitada por las veleidades de su Emperador, que en un arranque de vanidad, orgullo, ira ó ceguedad, parecida á la que impulsó al pequeño Napoleón á la guerra del 70, puede traer sobre ella y sobre toda Europa una guerra desastrosa por causas bien mezquinas, bien indignas del brillo que los Emperadores pretenden dar á su púrpura, y además, de consecuencias espantosas para su propio país, aun en el caso de salir victorioso de la contienda, pues si bien es cierto que las inagotables riquezas de su rival podrían indemnizarle los gastos que hiciera en la guerra, nunca podría devolverle los innumerables hijos que perdiera en los campos de batalla. Es cierto que esto no pesa nada en la balanza de los pueblos cuando dependen de un soberano, pues tiene tantos súbditos, que bien puede sacrificar algunos cientos de miles para ensanchar sus dominios, para conquistar una poca de gloria, para satisfacer su vanidad. Pero no piensan de igual manera las madres, que desoladas esperan y nunca ven llegar á los hijos de sus entrañas; las viudas y los huérfanos, que en la miseria llorarán sin consuelo la muerte del esposo, del padre. Estos llantos, que en un pueblo democrático repercuten por todo el territorio nacional inspirando cordura y prudencia á los hombres que llevan las riendas del gobierno, ó bien haciendo que sean reemplazados por otros si se ve que quieren embarcar á la nación en una aventura peligrosa, en las autocracias no tienen ningún eco, pues al autócrata no llegan esos gemidos inoportunos: sólo llega el bélico acento del clarín, y la voz de la prudencia permanece en la puerta del palacio, pues los hombres dignos que podrían aconsejarla, no son del agrado del soberano y sólo están cerca de él los que mejor saben

adular sus pasiones, aunque con sus pérfidos consejos los encaminen á las aventuras más desastrosas.

Al leer lo anterior quizás haya quien suponga que todo lo dicho es efecto de nuestra imaginación; pero que se estudie detenidamente las relaciones franco-alemanas con motivo de la cuestión de Marruecos, y se verá que permanecemos aún fríos al relatar acontecimientos de interés tan palpitante; recuérdese el funesto acontecimiento de la guerra ruso-japonesa tan imprudentemente iniciada por el orgullo y la debilidad del Zar, la cual costó tantos hijos á Rusia y al Japón, y tuvo por epílogo la más vergonzosa de las derrotas para los antes invencibles ejércitos moscovitas.

A grandes reflexiones se prestan aún estos acontecimientos, pero quizás más allá, en el curso de este trabajo, encontremos oportunidad de hacerlas; por lo pronto, el hecho que queríamos hacer resaltar, es el relativo á los grandes males que sufren los pueblos cuando se dejan dominar por un solo hombre; el peligro tan grande de que esto suceda después de guerras en que las armas nacionales resultan victoriosas; la frecuencia con que ha pasado tal cosa en todos los pueblos del mundo y por último, que el militarismo ha sido siempre el enemigo de la libertad y el principal obstáculo para el funcionamiento de la democracia, y no la ignorancia de los pueblos, pues por más atrasados que nos encontremos desde 1821, no lo estamos tanto como Grecia en sus tiempos de apogeo y Roma en el de su grandeza.

Por consiguiente, debemos hacer á un lado ese grosero pretexto que han invocado siempre los tiranos para oprimir á los pueblos: que no están aptos para la libertad, y convencernos de que aquí en México, hemos sufrido las consecuencias que invariablemente nos presenta la historia después de las grandes guerras. Una vez vencido el enemigo extranjero, ha sido necesario pagar caramente sus servicios á los generales afortunados. Por ese motivo pusimos la corona en las sienes de Iturbide, cuya hoja de servicios con-

sistió únicamente en la oportuna defección á la que antes había considerado como patria.

Por una gratitud más merecida, pero igualmente ciega, se quiso premiar á los demás caudillos de la independencia con la silla presidencial, ó bien éellos lo exigieron con la espada en la mano, como Guerrero y Bravo.

Aprovechando el estado caótico que resultó de las asonadas promovidas por aquellos eminentes patriotas, una turba de antiguos caudillos, muchos de ellos patriotas de última hora, alteraron constantemente el orden de la República con sus frecuentes asonadas, dando por resultado que el más afortunado ó el más hábil militar era quien ocupaba la silla presidencial, convocando algunas veces á elecciones para el nombramiento de representantes, pero disolviendo las asambleas que éstas constituyeron, tan pronto como no respondían servilmente á sus miras.

Entre estos audaces militares, figura en primera línea el General Santa-Ana, el más veleidoso de todos los mandatarios, el más intriguante de todos los ambiciosos, el más cínico en sus ofrecimientos al pueblo, el que defeccionó de todos los partidos y traicionó á todas las causas.

Entre él y otros cuantos ambiciosos, tenían al país en constante alarma, resultando que los Estados que estaban lejos de la acción del Centro, vivían casi independientes y no sabían á que autoridad obedecer; pero también con Santa-Ana contrajo una deuda la Nación, pues había sido de los revolucionarios más afortunados y tenido la suerte de derrotar á Barradas, acción militar que él supo explotar hábilmente para aparecer ante la patria como uno de sus hijos beneméritos.

En pago de esa deuda se le permitió que escalara la Presidencia de la República repetidas veces, siendo él quien se encontraba al frente del gobierno cuando se separó Texas declarándose independiente.

Santa-Ana marchó con fuerzas considerables á combatir

á los texanos, pero debido á su impericia militar y á su cobardía, sacrificó inútilmente los elementos y las fuerzas nacionales, pues una vez prisionero, dió orden á las fuerzas mexicanas para que se retiraran y abandonaran el terreno en disputa.

¡Consideraba de más valor su tranquilidad y su vida, que la integridad de su Patria! y fué á soldado tal á quien la Nación encomendó su defensa cuando se vió invadida por los norteamericanos. Apenas es concebible que haya hombres que con sus descarados embustes y sus intrigas puedan llegar á imponerse de tal modo á naciones como la mexicana, que siempre ha contado con hijos dignísimos y valerosos, prontos á sacrificarse por ella.

Sin embargo, esa es la amarga realidad.

Santa-Ana había encontrado el modo de reivindicarse ante la Nación, haciendo un alarde de resistencia en Veracruz contra las fuerzas francesas y publicando proclamas en las cuales describía como un triunfo para las armas nacionales, lo que en realidad había sido una derrota si no para la mayor parte del ejército que con valor se defendió dentro de sus cuarteles, sí para él y para las fuerzas directamente á su mando, pues á la primer noticia del desembarco de los franceses, corrió despavorido y sólo recobró la calma y vino á atacar al enemigo, cuando ya éste se retiraba, creyendo haber logrado su objeto al llevarse prisionero al General Arista, á quien confundió con Santa-Ana.

En esa acción, á pesar del brío de que hablaba en sus proclamas, está demostrado fuera de duda por el sagaz historiador y apreciable amigo mío, Sr. Fernando Iglesias Calderón, que debió la pérdida de su pierna al hecho de no haberse ocultado bastante bien tras un muro, como lo intentó, mientras ordenaba una carga enteramente inútil, y que costó la vida á muchos buenos soldados.

La sangre que derramó Santa-Ana en esta ocasión, por su pierna mutilada, costó muy caro á la República.

Las torpezas é intrigas de Santa-Ana y de otros jefes,

quienes aprovechaban los elementos que para su defensa ponía la Nación en sus manos rebelándose contra el gobierno constituido, derrocando y poniendo otro en su lugar, dieron por resultado que no pudiéramos hacer frente á las tropas americanas cuando invadieron nuestro territorio, por no ser posible la organización de ninguna defensa seria en medio de tantas disenciones, pues para eterno baldón de sus autores, éstas no cesaron ni cuando el suelo patrio era profanado por el invasor extranjero.

Tan dolorosa experiencia viene á demostrarnos que no debemos esperar nada de esos militares ambiciosos, puesto que ya hemos visto como siempre han antepuesto sus ambiciones personales á los más sagrados intereses de la patria.

Desde que un hombre, militar ó no, toma el funesto camino de las revoluciones para escalar el poder, deben sernos sospechosos todos sus actos y debemos desconfiar de sus promesas, por más halagadoras que nos parezcan.

Lo que debemos entender por militarismo.

Ya que tan duramente hemos increpado en este lugar á militares ambiciosos que han sido la causa del desmembramiento de la República, conviene hacer una aclaración importante.

Siempre hemos tenido en nuestro ejército militares pun-donorosos, valientes hasta la temeridad, caballerosos hasta lo novelesco y nobles y abnegados hasta el sacrificio.

Ellos están siempre listos para defender á su patria cuando corre algún peligro, luchan valientemente en su defensa, y cuando el riesgo ha pasado, se retiran á la vida privada ó siguen en su puesto, habiendo satisfecho su ambición, con inscribir en las páginas de la historia patria un día más de gloria al salvarla del peligro que corría.

Tan valientes y modestos héroes, no hacen alarde de sus servicios ni exigen á la patria el pago de la sangre por ella derramada; saben que al defenderla han cumplido con su deber, y con eso están satisfechos.

Esos son los verdaderos militares, los sostenes de la patria en los días de peligro, los que le han legado sus glorias más puras y nunca han sido una carga para la nación, como los ambiciosos á que nos referimos más arriba. Por eso al hablar de militarismo y de los males que ha causado, nos referimos exclusivamente á los militares insubordinados, sin conciencia, que han abrazado la noble carrera de las armas, no con el fin levantado de defender á su patria, sino con el de llegar á dominarla para satisfacer pasiones ruines y su insaciable ambición.

En la guerra con los Estados Unidos, exceptuando á Santa-Ana y á uno que otro ambicioso, el ejército se portó con bravura, y si su general en jefe no hubiera traicionado ó por lo menos cometido una falta inexplicable, las armas nacionales se habrían cubierto de gloria en la batalla de la Angostura, lo cual hubiera asegurado nuestra integridad nacional, pues este ejército, una vez victorioso, habría regresado al centro del país en excelentes condiciones para batir al enemigo que amenazaba por otro lado, y por lo menos, no hubiera sido tan humillante el tratado celebrado para obtener la paz y la evacuación del territorio nacional, por las fuerzas norte americanas.

No hablaremos de las demás faltas que Santa-Ana cometió durante esa guerra de tan tristes recuerdos para los mexicanos, por ser demasiado conocidas.

Dictadura de Santa-Ana.

Lo que sí diremos, es que á pesar de haber observado una conducta tan sospechosa que merecía la execración nacional, por medio de una de tantas intrigas volvió Santa-Ana al poder, poco tiempo después de haberlo abandonado el íntegro pero débil Arista.

Santa Ana, despechado por sus derrotas con los Estados Unidos de América, y más aún con quienes habían criticado su conducta censurando sus actos, inició una era de persecuciones y de venganzas como raras veces se habían visto desde que México era independiente. Se revistió del poder